

Todo ha cambiado. El mundo antiguo ha muerto. No es cierta aquella frase que postulaba que el mundo antiguo se está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer. Es muy romántica y nos da un respiro, porque es una imagen de una transición lenta y gradual. Pero no es así, vivimos sobre un bisturí. Todo ha cambiado. Al menos tres cosas –y no son menores– han cambiado nuestro futuro.

Una, la demolición del orden mundial. Basta con leer un documento que publica *Agenda pública* sobre la Conferencia de Munich para entender lo esencial. “Europa: entre la autonomía y la negación. Europa aparece en el informe como el actor más incómodo del nuevo escenario: demasiado dependiente para ser soberana, demasiado rica para ser irrelevante, demasiado dividida para liderar”. Casi nada. Ya sabemos por qué no nos quieren. Y si me apuran y somos honestos, también podemos saber –y decir– qué hacemos mal.

El segundo tema que cambia nuestras vidas es la inteligencia artificial, que hará cada vez más innecesarias muchísimas manos (muchas de ellas, porque no quie-

Después del orden

Jordi Nadal



ren trabajar) y hará mucho más necesarios a los capataces, que mandan a la gente qué tienen que hacer.

Tercero y último: se ha destruido la confianza. La confianza en la familia, en los vecinos, en los maestros, los sanitarios y en las relaciones amorosas. Por supuesto, no hablemos de la confianza en la política.

Lo básico, la familia, está en declive para una parte de la sociedad. Tener hijos se ve

como una carga. Pocos advierten que esta ausencia de alegría y de confianza, de apuesta por el riesgo de amar y el compromiso, por vivir a fondo, es un error. No atreverse a tener hijos no es más que una forma de suicidio social. Somos una especie atemorizada. Tendremos una sociedad envejecida. Antes, los viejos suspiraban para que los visitaran en las residencias. En un futuro breve, los ancianos se encerrarán voluntariamente en las residencias, porque la gente que les visita, en una buena parte, solo les irá a pedir dinero.

Todas esas banalidades de artículos que critican a los *baby boomers* son el ejemplo perfecto de algunas personas que viven confundidas, irritadas y detestando. Hemos conseguido engañarnos de un modo muy sofisticado. Pero ahora ya no queda espacio para el maquillaje. La dureza de la vida es tan extrema que solo queda la posibilidad de negarla –bajo una capa de azúcar– con inocencia ilimitada; o bien abandonarnos a la desesperación e ir a ver la película *Sirát* una vez por semana.

Todo está en las redes. Ya no se construyen álbumes de fotos de familia. Los hijos son un regalo al futuro. ●